



LOS JUEGOS EN EL SIGLO DE ORO ESPAÑOL Y LA HERENCIA DE SUS ESPACIOS ARQUITECTÓNICOS

GAMES IN THE CENTURY OF SPANISH GOLD AND THE INHERITANCE OF ITS ARCHITECTURAL SPACES

Alejandro Barceló Hernando

Profesor contratado ESERP (URJC)

Resumen

Durante el siglo XVII y XVIII el juego, formará parte de la propia evolución de la sociedad, hasta tal punto que se convertirá en espectáculo e imagen de poder llegando a su máxima expresión de representatividad institucional. Es entonces cuando surge la necesidad de buscar espacios públicos y privados representativos para la práctica de los juegos y del ocio para entretenimiento del pueblo y propaganda de la monarquía.

Palabras clave: juegos, espectáculo, fiesta, siglo de Oro, Patrimonio Cultural, Plaza Mayor.

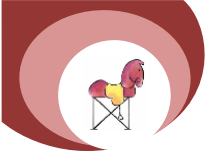
Abstract

During the 17th and 18th centuries, games will be part of the evolution of society itself, to such an extent that it will become a spectacle and image of power, reaching its maximum expression of institutional representation. It is then when the need arises to find representative public and private spaces for the practice of games and leisure for the entertainment of the people and propaganda of the monarchy.

Keywords: games, show, party, Golden century, Heritage, Main Square

Recibido: 9 de septiembre de 2020

Aceptado: 20 de diciembre de 2020



Introducción

A lo largo de la historia, el juego ha formado parte de la propia evolución del hombre y de las civilizaciones, desde el juego como parte del aprendizaje de los niños o gamificación (Barceló 2020), hasta el juego como entretenimiento de la sociedad y muestra de poder. El humanista Rodrigo Caro (1573-1647) recogió en su libro "*Días Geniales y Lúdricos*" los juegos practicados en España durante la Edad Moderna, pero sin conocimiento exacto de donde se practicaban estos juegos (Hernández, 2003, pp. 312-320).

Objetivos y metodología

Este artículo tiene como objetivo realizar una retrospectiva sobre la importancia de los espacios destinados a los juegos y festividades tan institucionalizadas durante los siglos XVII-XVIII, y la herencia que nos ha llegado. Para ello se ha realizado una retrospectiva cualitativa de análisis artículos, selección de espacios arquitectónicos y obras de arte para ver su evolución, así como la herencia que nos ha llegado entorno a la vida pública, urbana y de sus festejos.

Juegos, fiesta y espectáculos, una unión necesaria en estos tiempos de crisis

Los juegos han sido a lo largo de la historia una necesidad para las culturas y los pueblos, vinculándose muchos de estos al concepto de fiesta y tradición. Todo juego necesita de un espacio, y este cada vez se fue convirtiendo en lugares representativos adecuados a la importancia del acontecimiento, que hacía que todo girara entorno a donde y como montar el espectáculo, que se podrá definir como el Continente.

Por otro lado, está el Contenido o los elementos con los que se festejaba los eventos como, las grandes procesiones, luminarias generales, toros cañas, autos de fe... y sus protagonistas, y no podemos olvidarnos de la participación, desde las élites, en su organización y desarrollo, hasta el pueblo llano (Río, 1997).

Se puede decir que la fiesta cumplía un papel activo en la sociedad, contribuyendo a su pervivencia, reafirmando la identidad colectiva y la idea de comunidad; sus participantes se vinculan emocionalmente con el orden establecido y los valores que lo sustentan (Gómez, 1990), y al mismo tiempo era la imagen del poder de la monarquía. En definitiva y como bien expuso Bonet Correa (1990) las fiestas eran una válvula de escape:



“un mecanismo de defensa colectiva que, provisto de su código estricto y ritual, de monótona repetición, con su remoto y ancestral origen exorcista, era un reflejo de las pasiones, temores y esperanzas de la comunidad en que se producía, una forma de memoria colectiva a la vez que de fijación política, que desde el otoño de la Edad Media, con el nacimiento de las modernas formas de gobierno, eran una manifestación evidente del poder cada vez más creciente del Estado”(Bonet Correa, 1990, p. 5.)

La monarquía durante el siglo XVII, desde el reinado de Felipe III y sus sucesores Felipe IV y Carlos II entendieron perfectamente que el pueblo necesitaba ser ocupado en temas ociosos para despreocuparles de una realidad dramática, al igual que lo entendieron los Validos que incentivaban estos festejos con tal de crear una adicción a los monarcas y sacarlos de la gestión de un reino que agonizaba.

En palabras de Marcel Defourneaux *“Todo es pretexto para la fiesta”* dando la imagen de que España era una mascarada festiva, un esplendor fastuoso de mera apariencia en la que se quería convertir a Madrid en un Versalles, pero sin la pomposidad refinada según (Lozón, 2004, pp, 305-306). Pero esta máscara lo que ocultaba era una crisis institucional que hizo que la monarquía hispánica no evolucionara.

Existía un calendario festivo, de fiestas mayores y menores que en su mayor parte estaba ocupado por festividades religiosas, como la del Corpus Christi, y onomásticas como el cumpleaños del rey (Amigo, 2011). Las fiestas mayores eran organizadas desde y para la corte con claro trasfondo político, de exaltación de la monarquía a través de imágenes armónicas, virtuosas, grandiosas de modo que pudieran ganar la voluntad y el corazón de los que las contemplaban mediante los recursos escénicos del deslumbramiento, la sorpresa y la admiración (Sanz 2009), y las menores que no dejaban de ser aquellas que eran patrocinadas por las ciudades y que emulaban los grandes festejos.

Toda esta situación económica y social hizo que la imagen de festividad y de ocio se institucionalizara, y para ello eran necesarios espacios públicos que aglutinasen a la población ante festejos que combinaban el espectáculo popular, religioso e institucional. La gente necesitaba despreocuparse, y para ello solo había que darles espectáculo. Este esplendor contrastaba con el alto índice de analfabetismo de la población, pero existía una rica cultura popular basada en refranes, romances, coplas y cuentecillos, que muy bien supieron aprovechar para impulsar los géneros teatrales, las fiestas populares, los juegos y diversiones locales, actos que posiblemente se convirtieron en estos tiempos en el “opio del pueblo” o el el *“panem et circenses”*.



El juego deportivo la Edad de Oro

El renacer de los juegos como espectáculo se inició en el siglo XIV, dejando una huella significativa en la sociedad desde entonces. Estos juegos que por lo general no tenían espacios determinados para realizarlos, giraban entorno a los torneos y justas, junto a juegos populares de lucha, de superación... entre los propios hombres y entre hombres y animales, y en ocasiones entre hombres y "máquinas".

Durante el siglo XVII existió un claro despropósito festivos en los que las actividades desatacaban por su cantidad y variedad, renaciendo así los juegos espectáculo y el juego deportivo, Estas actividades dependía en muchos casos de la inversión y de la relevancia del acontecimiento pero por lo general existía una combinación entre juegos, juegos deportivos y espectáculos, la mayoría de ellos con animales (Amigo, 2008).

En definitiva, cualquier espectáculo era la máxima expresión de una competición que exigía unas normas, una preparación física, unas habilidades, y todo esto tenía que entretener a la población, al mismo tiempo que permitía exhibirse a los máximos mandatarios en el coso de la fortuna, lo que provocó la búsqueda obligaba a tener un espacio polivalente para ser lugar emblemático (Arroyo, 2009, pp. 14-15). Esto supuso que el los juegos como espectáculo se institucionalizasen durante el siglo XVII, sobre todo los que divertían al monarca, y por lo tanto los que entretenían al pueblo, sin olvidarnos de las fiestas religiosas que supieron adaptarse a una combinación evolucionó hacia "doña cuaresma y don carnal".

Las prácticas lúdico deportivas ya aparecen mencionadas en literaturas desde el siglo XVI, siempre desde un punto de vista secundario avisando de riesgos como la vinculación a los juegos de azar como pudo ser el **juego de pelota**, que empezó a tener grandes jugadores, así como seguidores por las apuestas que originaban (Hernández, 2003¹). El juego de pelota, fue de los juegos que mayor protagonismo tuvo y evolución hacia el espectáculo como ocio no violento². Las primeras referencias de estos juegos la tenemos en el libro de Cristóbal Méndez, "*El ejercicio corporal y de sus provechos*", en el se describe el juego de la palma o alguno similar, donde se colocaba una cuerda en medio del campo y había que golpear a la pelota con la palma de la mano para que pasara por encima de la cuerda sin tocarla (Hernández 2003).

¹ Podemos señalar varias de las leyes que se recogen en la Novísima Recopilación que refieren a los juegos, según Hernández (2003, PP. 295-297). Los juegos tienen que tener una finalidad sana, como sucede con la danza y la música; Francisco Alcocer tiene una visión teológica del objetivo de los juegos y habla de los juegos buenos y los malos en su "tratado del juego". Algunos juegos tienen un tono moralizante, como todos los practicados por la nobleza. Divide a los juegos en tres clases, los de habilidad, los de azar y los de cartas, mencionando nuevamente a los juegos comunes en esta época en España como la pelota, los bolos, aros, tiro con ballesta, volante, axedrez, justas, torneos, carreras, lucha, salto, jabalina, esgrima y toros

² . Un juego que llegó a España posiblemente a partir del jeu de paume francés, ya se mencionaba que Felipe el "Hermoso" practicaba algún juego parecido.



Un juego practicado por monarcas que poco a poco se instauró entre las clases nobles, y de aquí evolucionaría al uso entre las clases populares que pasaron de ser meros espectadores a convertirse en jugadores, lo que condicionó a la creación de espacios adecuados, en algunos casos improvisados y en otros oficiales para agrupar espectadores transformando así con el tiempo la morfología urbana.

Surgieron juegos deportivos relacionados con actividades ecuestres como la **cabalgada** y sus diferentes variantes como el **estafermo**³, **la mascara**⁴, **la encamisada**⁵ y **la escaramuza**⁶ siempre todas ellas con un halo de espectáculo. Las **carreras públicas a caballo**⁷, se hicieron muy famosas en el sur de la península y fueron muy practicadas a lo largo de los siglos XVI y XVII (Deleito y Piñuesa, 2006) muchas de ellas perdurando hasta la actualidad. Estos juegos eran habituales ubicarlos en un principio a las afueras de las ciudades cerca de las entradas a las villas fortificadas. Con la necesidad de dar espectáculo se fueron asentando en los espacios públicos como las plazas.

Pero los juegos que tomaron realmente relevancia son aquellos que directamente estaban vinculados al ocio y al espectáculo. La mayor parte de estos se practicaban con animales como caballos y toros... siendo los juegos **taurinos y el juego de cañas**, los máximos exponentes del fervor de los monarcas y del pueblo durante los siglos XVI y XVII.

Estos juegos se convirtieron en la imagen de la monarquía, por lo fue necesario crear un espacio arquitectónico que asociara la idea de disfrute social, de espectáculo, y al mismo tiempo de imagen de la monarquía. Felipe IV fue el gran valedor de estos juegos, gran aficionado, allí por donde iba, era agasajado con espectáculos de este tipo (Deleito y

³ Juego evolucionado de los torneos que se ubicaba en espacios abiertos para poder enfrentar al muñeco con un caballo, y evitar que le derribase. El diccionario de Covarrubias dice del estafermo que *"es una figura de un hombre armado, que tiene embraçado un escudo en la mano izquierda y en la derecha una correa con unas bolas pendientes o unas bexigas hinchadas; está espetado en un mástil, de madera de manera que se anda y buelve a la redonda. Pónenle en medio de una carrera, y vienen a encontrarle con la lança en el ristre, y dándole en el escudo le hacen bolver, y sacude al que pasa un golpe con lo que tiene en la mano derecha, con que da de reyr a los que miran. Algunas veces suele ser hombre que se alquila para aquello. El juego se inventó en Italia, y assí es su nombre italiano, estafermo, que vale está firme y derecho"* (Covarrubias, 1988 e.d).

⁴ El diccionario de antigüedades describe la máscara como *" un festejo de nobles a caballo con invención de vestidos y libreas, que se ejecuta de noche, con hachas y corriendo parejas"* (Hernández, 2003),

⁵ la encamisada muy popular en la corte y en grandes ciudades, como forma de festejar bodas de príncipes o de personas acaudaladas, (Hernández, 2003)

⁶ *".....es cierta estratagema de los que de noche han de acometer a sus enemigos y tomarlos de rebato, que sobre las armas se ponen las camisas, porque con la oscuridad de la noche no se confunda con los contrarios; y de aquí vino llamar encamisada la fiesta que se haze de noche con hachas por la ciudad en señal de regocijo.....es un cierto género de pelea entre los ginetes o cavallos ligeros, que van picando de rodeo, unas veces acometiendo y otras huyendo con gran destreza y ligereza. Estos son los que primero solían empear las `peleas y poco a poco se yvan cevando y ensañando los demás y era como un preludio a la baltalla campal....."* (Covarrubias, 1988, p. 562).

⁷ según el diccionario de Antigüedades *"era fiesta de parejas que se hacen a pie o a caballo, para diversión o para probar ligereza"*.



Pinuesa, 2005; Hernández, 2003, p.323, Camara, 1990). El interés por la fiesta taurina se expandió por toda la Península Ibérica durante los siglos posteriores como recoge Rueda (1996) llegando a dar hasta un total de 398 corridas durante el año 1861, siendo una festividad en decadencia, pero la mayoría de estos festejos apenas han dejado documentación escrita Canterla (2010, p.55). pero estos festejos tuvieron varias modalidades para que el pueblo llano también pudiera disfrutar y no ser meros espectadores, con correr los toros, dentro de las ciudades⁸.

La apoteosis de las plazas Mayores

Ante tanto espectáculo, y tanto festejo lleno de pomposidad y de adrenalina institucional, había que buscar o crear un espacio urbano acorde con la representatividad del espectáculo. Fue de encarecida necesidad encontrar un espacio polivalente que pudiera acoger el día a día de la vida de una ciudad, un espectáculo y la categoría de los actos institucionales, y ese espacio fue la Plaza que adoptó una nueva identidad (Rodríguez Becerra, 2004). La plaza era el lugar de encuentro para la celebración festiva, para la contratación laboral, para la exaltación de los símbolos del poder, para la oración, para las ejecuciones públicas, y los encuentros cotidianos, en definitiva un teatro urbano al aire libre (García, 2006).

La mayoría de los historiadores coinciden en que el modelo de plaza mayor no se define hasta la llegada de los Reyes Católicos, aunque ya existen antecedentes, como las "plazas del mercado francos" del siglo XI como la plaza próxima a la Puerta del Arco del Rey en León. Para Navascués (2002), las plazas, vivieron una evolución desde los espacios naturales y sin preocupaciones estilísticas, como las de plaza del Coso en Peñafiel o Chinchón, hasta la llegada de las plaza institucionales creadas ex profeso con diseños de arquitectos que buscaban crear un conjunto unitario y monumental referente de las ciudades (Chueca, 2001). Continente y contenido evolucionaron hasta llegar a crear un modelo de plaza que se adaptara a todas las necesidades de una ciudad y al mismo tiempo pudiera ser imagen de poder objetivo que se conseguirá en el siglo XVII (Barrios, 2017).

Las plazas, tal como lo definiera Bonet Correa (1989), se convertirían en auténticos corrales de comedias de grandes dimensiones, con innovaciones que poco a poco darán representatividad como la existencia de soportales vinculados arquitectónicamente a la función de mercado⁹.

⁸ Juan de Mariana enlaza esta actividad con la tradición Romana en su "Tratado contra los espectáculos públicos, el origen de estas fiestas y el desarrollo de las mismas por una sociedad corrupta" (Deleito y Piñuela, 2006, p. 451).

⁹ En este sentido se señala el caso de la plaza de San Salvador en Madrid. La reina Isabel en 1476 ante el concejo de Madrid para que: "*fagades poblar de mercaderes e oficiales toda la dicha plaza e fagades portalar e facer portales delante delas dichas tiendas dela dicha plaza para que se pueble mejor,...porque las gentes ayando se poner en tiempo de necesidades,...los dichos portales*"



Las nuevas necesidades fuerzan el desarrollo de una arquitectura civil y residencial de particulares características, que tendrá como finalidad principal permitir la visión de los festejos.

La Plaza Mayor de Valladolid de finales del siglo XVI, y posteriormente la Plaza Mayor de Madrid de Juan Gómez de Mora en 1617 crearán un modelo a seguir por el resto de plazas de reino, con características similares como la creación de un espacio regular, bordeada por edificios estilísticamente similares y de carácter monumental (Chueca, 2001). Un resultado que se traduce a un espacio polivalente para las necesidades del pueblo y al mismo tiempo imagen de propaganda de la monarquía, sin olvidarnos claro está, del espacio por excelencia de los espectáculos populares, como lo refleja Texeria en su plano de la ciudad de Madrid en 1656 (Imagen 1) (Navascués, 2002).

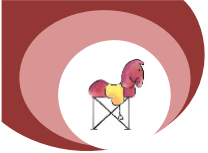
Plazas Mayores como las de León, la de Salamanca, o la de la Corredera de Córdoba se fueron transformando, y muchas otras que se quedaron en un tránsito como la plaza de San Francisco de Sevilla, las Descalzas de Madrid, o la plaza de Bibarrambla de Granada, no llegaban a tener un diseño homogéneo y monumental, pero sí una imagen coherente de enorme corral de comedias, en la que se celebraban todo tipo de acontecimientos públicos (Navascués, 2002, Barrios, 2017, p.311).

Estas plazas durante el barroco, en las grandes celebraciones, no quedaban completas si no recibían una decoración, efímera, un engalanamiento acorde con el acto o con las demandas del mecenas, incentivando al carácter de *teatro*¹⁰ (Camara, 1990). Arcos de triunfo, obeliscos, altares, en definitiva diseños que creaban estructuras simplemente con el fin de engalanar fiestas reales, conmemoraciones religiosas o ceremonias luctuosas, arquitecturas que eran realizadas con materiales deleznable, eran colocadas en edificios oficiales enmascarados o en los espacios en los que tenía lugar la celebración, duraban unos cuantos días y una vez finalizada la celebración eran desmontada (Escalera, 2015, Zapata, 2000). Así las fachadas de las plazas se fueron volviendo cada vez más pomposas, cada vez con más balcones como los casos de Tembleque o Almagro. Sin olvidarnos de los balcones presidenciales caso de León o el pabellón Real de la plaza de Salamanca y los miradores de las plazas de Medina del Campo y Nava del Rey, o más pequeñas como Pedraza o Turégano (Navascués, 2002).

La gestión de las plazas con el tiempo se fue complicando tanto como las fiestas y actos conmemorativos, y por su puesto en relación al poder de las ciudades. Existían todo un compendio de profesionales de gremios encargados de montar estructuras para el buen funcionamiento de los

son muy necesarios complideros e provechosos a la dicha plaça pues esta es nobleza e provecho dela dicha plaça como dicho es..." (Navascués, 1993, pp. 15-16).

¹⁰ En el sentido de espacio dedicado a la celebración pública, son descritos a la perfección por Cámara (1990) a través de la selección de textos que aluden a las fiestas de cada localidad.



actos, así como adaptar la fisonomía de las calles a las necesidades de la fiesta, siendo supervisado por el Maestro Mayor de la ciudad, como lo fue Teodoro de Ardemans, en Madrid, cuando publicó sus Ordenanzas en 1719, donde incluye un capítulo sobre "*De lo que se ha de observar en la Plaza Mayor para fiestas de toros*" (Navascués, 2002).

Vinculado a la preparación de estos eventos existía todo un equipo de organizadores de actos festivos, de máxima relevancia sobre todo cuando se trataba de festejos reales. Se encargaban de la contratación de las actividades y el buen desarrollo de las mismas. La preparación y ejecución de la fiesta cortesana obligaba a conocer y mostrar un compendio de aprendizajes, de mensajes culturales, de formas de sociabilidad y de sensibilidades estéticas que comprometían tanto a la nobleza como al rey. El ceremonial imperante en todos los actos festivos desarrollados era estricto y riguroso, y jerarquizaba a los intervinientes en función de su calidad y de su posición política, por ejemplo en la Villa de Madrid existía una comisión del ayuntamiento responsable de la organización (Carrasco, 2001, pp. 26-37; Zafra, 2016).

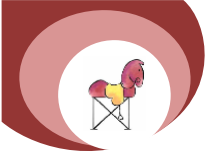
El Conde-Duque de Olivares, entendió a la perfección la importancia de los actos públicos como imagen de propaganda y se hizo cargo desde el principio de su mandato de la organización de los festejos reales (Flores Asensio, p. 149). Otro de los grandes promotores de espectáculos fue el marqués de Eliche¹¹, determinante en la promoción de actos festivos de la corte, como los que promocionó para el nacimiento de Felipe Próspero (Lobato 2002), o Valenzuela, favorito de Carlos II, enunciaba así su programa: "*Pan, toros y trabajo*", adaptándose así a las demandas del pueblo (Lozon, 2004, p. 305-306).

Como bien describe Sanz (2009) no todas las fiestas palaciegas eran sufragadas por el monarca, ya que las circunstancias festivo-cortesanas eran al mismo tiempo un escaparate de poder para las distintas familias nobles que buscaban el favor del monarca o del valido, con una oportunidad de autopromoción. Con la popularidad de muchos de estos actos se incentivaron los alquileres de los balcones o miradores de las plazas, sobre todo a partir de la segunda mitad del siglo XVII, cuando en algunas localidades comienza a cobrarse dinero por la asistencia a estos espectáculos¹²(Shubert,2002, pp. 28-29; Amigo, 2008).

¿Y como sabemos de nuestros Juegos?

¹¹ Flórez Asensio (2017), Cienfuego, (2016); Zafra, (2016), coinciden en la prolífera actividad del marqués de Eliche en 1658 como Alcaide del Palacio del Buen Retiro siendo el nuevo encargado de organizar los espectáculos de teatro, máscaras u ópera para el entretenimiento de la familia real dándole mucho ímpetu a las óperas encargadas a Calderón para el Buen Retiro, como La púrpura de la rosa (1660) y Celos aun del aire matan (1661) y festividades de juegos con espectáculo pirotécnico.

¹² Entre éstos estaba la fijación de un arbitrio a los propietarios de ventanas o balcones de las plazas en las que se celebraban los espectáculos (Amigo, 2010, pp. 360-361), que en el caso de la Plaza de la Corredera de Córdoba llegó a suponer la mitad del importe de lo que rindiesen a los propietarios el alquiler de balcones y ventanas de la plaza (Extremera, 2006, p.121).

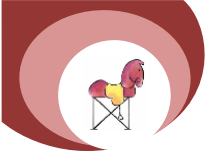


Como ya se ha mencionado fue durante el reinado de Felipe IV (1621-1665), cuando todo gira entorno a un libertinaje continuo de fiestas, en las que destacaban los bailes, saraos, partidas de campo, banquetes, mascaradas, juegos de cañas y lanzas, corridas de toros y funciones teatrales; todo ello se mezclaba con las fiestas de palacio y las fiestas religiosas las cuales también se fundamentaron en el atractivo populista del espectáculo a pesar de ir en contra de sus principios. (Deleito y Piñuela, 2005, pp. 11-12). Allá por donde pasaba se organizaban festejos en su honor, tradición que se continuó durante el reinado de su hijo Carlos II. Pero lamentablemente pocas noticias nos han llegado de todos estos festejos.

Es gracias a las fuentes indirectas a las que nos podemos remitir para poder ver algunos de estos espacios arquitectónicos y de sus actividades festivas. Una de las fuentes más segura es la pintura como testimonio para conocer visualmente como se practicaban las actividades lúdicas (Barceló, 2016; Hernández, Rivero, Barceló, 2012). Por otro lado, tenemos la documentación de los libros de fiestas del arte efímero y las relaciones y los documentos de archivo, y los relatos de visitantes que describían con asombro los espectáculos que vivieron. Gracias al cruce de estas informaciones se puede llegar a hacer una idea de la magnificencia de algunos de estos festejos, sobre todo los Reales (Mínguez, 2016, López Martínez 2014).

De aquellas ciudades que fueron corte coincide de las que más información tenemos, Valladolid, Madrid, los sitios reales como Aranjuez, y El Escorial, y en contadas ocasiones en aquellas ciudades en las que los monarcas tenían algún acto institucional o hacían noche, sin olvidarnos de los festejos por acontecimientos singulares por un enlace matrimonial, o el nacimiento de un heredero. Las ciudades más pequeñas, intentaban emular los festejos de grandes ciudades, pero las fiestas pequeñas apenas atraían el interés de los cronistas y apenas tenemos constancia de ellas.

De las festividades de la capital, Madrid, se conserva una significativa colección de cuadros que muestran algunas de los espectáculos como la celebración de los festejos en honor a la visita del Príncipe de Gales, en la que no existió un día sin celebración de algún festejo como taurino, juegos de cañas, comedias, conciertos iluminaciones y fuegos artificiales (Deleito y Piñuela, 2005, pp.163-164). El pintor Juan de la Corte muestra en varios de sus obras la ferviente actividad festiva existente con los festejos taurinos y de juego de cañas que se hacían en la Plaza Mayor de Madrid (imagen 2,3). Todo pintor de corte no obvio en sus obras la intensa vida ociosa que había, sin ir más lejos el mismo Velázquez perfectamente representa la cotidianeidad en la corte incluso con sus actividades lúdicas y festivas como el cuadro del *Infante Baltazar Carlos en su clase de equitación* en el Palacio del Buen Retiro, lugar por antonomasia del entretenimiento cortesano. (imagen 4)



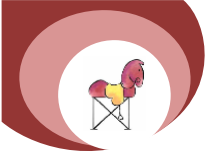
Los crónicas también son importantes ya que nos muestran una imagen más objetiva de lo que realmente había, como los que recoge Navascués (2002) que se hace eco de relatos como el del un viajero anónimo al hablar de los festejos taurinos de la capital de la Corte y su Plaza Mayor de Madrid. El autor no puede contener su emoción al ver el alcance de la fiesta, de la imagen de una plaza imponente y abarrotada de gente así como el riesgo existente y de los preparativos y regocijos populares de víspera; *“Es preciso confesar que ese espectáculo tiene algo de grande, y que es agradable ver en todos los balcones esa gran cantidad de gente, estando todo engalanado y adornado con bellos tapices”*.

En otras plazas de España los actos festivos de juegos y espectáculos fueron también muy numerosos, en León en el siglo XVII se celebraron 158 festejos, en Bilbao se corrían toros regularmente todos los años en la festividad del Corpus en el siglo XVI, el Ayuntamiento de Pamplona celebraba encierros todos los años por la festividad de San Fermín, para las que compró 1.001 toros en el siglo XVII (Campo, 1972; Rey, 2003, p.236). Por su parte, Deleito y Piiñuesa, (2005) ofrece una relación de 172 festejos taurinos reales celebrados en 40 localidades organizados por la Casa Real o realizados dentro del ámbito cortesano durante el reinado de Felipe IV, y en el informe elaborado por Pablo de Olavide en 1768 se recoge que en Sevilla se corrían toros en 48 localidades, 528 toros lidiados al año (López Martínez, 2014).

Sobre las plazas tenemos varias noticias relacionadas con espectáculos y juegos como los eventos es la Plaza Nueva de Granada, sede de la Chancillería, lugar frecuente de ejecuciones públicas y otras celebraciones (Barrios 2017). En Cádiz según Boto Arnau (2001, pp. 28-29), los festejos taurinos no gozaban de la destreza de los caballeros posiblemente por la crisis de la aristocracia gaditana. En la Corredera de Córdoba destacó por sus festejos. Una plaza remodelada en 1683 por el arquitecto Antonio Ramos, adaptándose a las nuevas tendencias creando una plaza cerrada, en la que destacaba su firmeza y seguridad al mismo tiempo que subsanaba todas faltas de la antigua plaza, y que su mismo nombre ya nos indica en parte su uso más significativo al ser donde se lidiaban los toros (González Pérez, 2002, García, 2006)

En 1668, Cosme de Médicis, hace alusión a los festejos de esta plaza en su estancia comparándola con un gran teatro (Guzmán, 1950) . García (2006) recoge el escrito del francés Jouvin qué a su paso por la ciudad de Córdoba, en 1672 nos describe la festividad de los toros comparándola con los festejos vistos en Madrid:

“Lo que allí se ve de más noble es la Plaza Mayor, cerrado por casas hermosas, semejantes a las de la Plaza de Madrid, sostenidas de pórticos y arcadas, donde están establecidos los más ricos mercaderes de la ciudad y en los días de las grandes fiestas del año se dan corridas de toros, como vimos en Madrid” (García, 2006)



La Plaza Mayor de León es otro de los ejemplos de plaza como escenario de fiestas, en especial de la de los toros, que se celebran de ordinario en el día de San Roque. La plaza de Zocodover de Toledo también es conocida por sus actos públicos, como la describe Francisco de Pisa en 1605, haciendo referencia a la animada vida de la plaza en relación a un auto de fe descripción que se asemeja al cuadro de Francisco Ricci, del Auto de Fe celebrado en la Plaza Mayor de Madrid el 30 de junio de 1680 (imagen 5) (Navascués, 2002).

Otro ejemplo significativo es el de la Plaza Mayor de Valladolid corte durante el reinado de Felipe III creando un halo de excepcionalidad, que perduraría en el tiempo (Amigo, 2017)¹³, siendo espacio para festejos y espectáculos desde, autos de fe, religiosos... y los reales (imagen 6). Fiestas que daban origen a fiestas públicas, patrocinadas por el Cabildo de la ciudad (Amigo, 2017, pp. 363-364). La cita del barón de Bourgoing, hace mención a la importancia de las gentes y de sus hábitos de una ciudad venida a menos en 1797, *“mal se conocería el carácter y las costumbres de un pueblo si no lo viéramos más que en sus relaciones serias y bajo el imperio de sus pasiones. Sus fiestas, sus juegos, sus aficiones nos lo dirán mejor”* (Betrán, 2006, p.9).

Esta corte fue la antesala del Madrid cortesano, en devociones y festividades como se puede observar en la creación del el Palacio de Buen Retiro, como espacio de recreo, que emula en parte al de la Ribera del Duque de Lerma (Amigo, 2017, Río, 2003).

Otros espacios festivos para otros juegos

También se tiene constancia de la existencia de otros espacios destinados a estos acontecimientos festivos, así como otros juegos, a parte de los ya mencionados juegos de cañas y fiestas taurinas (Hernández, 2003; Deleito y Piñuela 2006; Barceló 2016). Una de estas plazas es la de Bibarrambla de Granada, que además de celebrar juegos de cañas y taurinos en el día del Corpus, se practicaron otras actividades festivas y lúdicas, como bien manifiesta Henríquez de Jorquera (1646), describiendo este ámbito como el *“teatro donde la nobleza granadina se opone al furor de valientes y feroces brutos, donde el primor de las cañas tiene el primer lugar en Reales fiestas”*. (Barrios, 2017, p.312) (Imagen 7).

Las Plazas de Armas se convirtieron también en espacios tan representativos para la ciudad como las propias plazas mayores. Un referente fue la Plaza de armas del Alcázar de Madrid, donde se realizaron varios festejos como la celebración de la boda del rey Carlos II el 11 de noviembre de 1679 celebrando el lunes por la noche un ciclo de festejos dedicados al matrimonio por poderes efectuado en Francia. Una

¹³ En 1690, a raíz del matrimonio de Carlos II y Mariana de Neoburgo, se celebraron, en presencia de los reyes, dos funciones en la Plaza Mayor, una con juego de cañas, y dos despeños de toros. Las fiestas de beatificación del hijo predilecto de la ciudad, fray Pedro Regalado, en 1683, contaron con dos funciones en la Plaza Mayor, una con juego de cañas, y un despeño en el Pisuerga (Amigo, 2011).



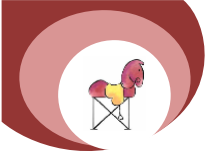
escenificación diseñada para que hubiera un juego de luces en diferentes ambientes efímeros, con los artefactos pirotécnicos (Sanz, 2009; Rio, 2003) (Imagen 8).

Otro de los espacios que tomaron relevancia en la capital del reino fueron las explanadas, jardines y patios del Palacio del Buen Retiro donde los festejos bullían de forma constante como las celebraciones de 1632, 33, 37... (Sanz 2009). A fines de 1632, se inauguró oficialmente el Palacio del Buen Retiro, organizándose juegos de cañas para lo que se construyó una espaciosa plaza circular temporal que al parecer era muy frecuente al igual que las pistas o plaza de la pelota. Actividades que se repitieron en 1638 con las celebraciones de juegos de cañas, sortija, toros y estafermo en el Retiro y otros en 1640 y 49 con motivo de la llegada de Mariana de Austria, o los de 1651 con motivo del nacimiento de la Infanta Margarita como bien recogen (Bonet, 1980; Hernández, et al. 20; Deleito y Piñuela, 2006; Rio, 2003; García, 1999)

Muchos de estos acontecimientos festivos de carácter real se extendían a otros lugares del mundo como son los ejemplos de Roma y Nápoles. En Roma un testimonio gráfico directo como es un oleo sobre tabla que Willem Reuter pintó para dejar constancia de las fiestas que se hicieron por el nacimiento de infante Carlos en 1662¹⁴ (imagen 9), donde se aprecia al fondo un castillo de fuegos artificiales con las mismas características que el que debió de montarse en la plaza del Alcázar (Sanz 2009). En Nápoles, pionera e innovadora en lo referente a entretenimiento cortesanos, fue probablemente la capital virreinal que con más brillantez celebró los acontecimientos dinásticos en estos siglos. Programas festivos, creativos, donde entremezclan los juegos deportivos con luminarias, comedias, máscaras, fuegos artificiales y corrida de toros, y en el caso napolitano sus tradicionales justas caballerescas (Sanz, 2009).

Otras plazuelas acogían también espectáculos y juegos en fiestas populares como la plazuela de Antón Martín, o la de las Descalzas, sin olvidar las explanadas o plazas cercanas a las entradas de las capitales como en la puerta de Guadalajara de Madrid. González Cuenca (1999, pp.487-506) recupera las descripciones de cómo Madrid se adaptaba a las festividades como la celebración de un torneo con mascarada festiva, convirtiéndose en palenque las Plazas Mayor, de las Descalzas y la de Palacio, cerrándolas con vallas, y en la que los nobles demuestran sus destrezas a caballo por parejas ante el rey, y desde allí en la plaza de las Descalzas, donde repitieron sus habilidades, y continuaron por la Puerta del Sol y la calle Carretas hasta la plaza Mayor y la de la Villa, donde finalizó el homenaje y en la plazuela de Antón Martín se montaban tablados para danzas de zapateadores.

¹⁴ La obra se encuentra en la Gemaldegalerien der Akademie der bildenden Künste in Wien, número de catálogo 585)



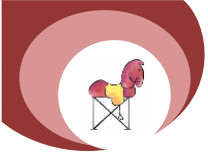
En la ciudad de Granada hubo otros espacios para los festejos como El paseo de los Tristes escenario para juegos de cañas, y para presenciarlos estaba la casa mirador de las Chirimías o la galería del convento de la Victoria, también el campo del Príncipe que sirvió para festejos de justas, toros y juegos de cañas (Barrios 2017). En Córdoba a parte de la Plaza de la Corredera había otros espacios comunes como el solar de la Ajerquía, cercano a la plaza del Potro y a la calle de la Feria, zona importante de la vida comercial y por lo tanto, espacio lúdico para celebraciones de juegos de cañas (Maravall, 1975).

En Denia el 4 de febrero de 1599 se realizaron unas fiestas en honor a la visita de Felipe III y la infanta Isabel Clara Eugenia organizadas por el futuro duque de Lerma. Los juegos y espectáculos fueron de gran nivel en los que incluyeron la representación de un asalto cristiano a una fortaleza turca, viajes en barco, fuegos, teatro y en la ciudad de Valencia, se celebraron espectáculos variados como torneos, comedias, saraos...(Fernández 2007).

En Valladolid en el 1654, la escasez de los juegos de cañas dispuestos y protagonizados por el Ayuntamiento y los nobles, será uno de los motivos por los que aparecieron los juegos caballerescos. Un juego reservado para la nobleza que permitía también la participación de la plebe y donde se tiraban bolas de barro de tamaño de una naranja, llenas de ceniza o flores, también llamadas alcancías, juego que fue inmortalizado por el pintor Felipe Gil de Mena. (Amigo, 2011).

No podemos pasar por alto las festividades de pequeños municipios en las que se emulaban aquellos juegos cortesianos, pero en un ambiente más distendido más relajado y en el que participaban en muchas ocasiones también el pueblo llano. Los juegos taurinos populares consistían básicamente en el acoso del toro por el pueblo (Bennassar, 2000, p.35). Por ejemplo tenemos los encierros taurinos como los de Cuellar, en el que las calles de las villas se adecuaban para estos festejos posiblemente con materiales perecederos y portantes para poder montar y desmontar las plazas (Flores Arroyuelo, 1999). O la construcción de plazas que morfológicamente eran para las festividades, como Tembleque, Peñafiel, Pedraza, Riaza o Chinchón entre muchas otras (Navascués, 2002, Cerers-Vera, 1990). En Alcalá se celebraron justas delante del palacio episcopal, un torneo a pie en el interior del propio palacio y un torneo en las afueras de la ciudad, pero no hay constancia de que se utilizara la plaza mayor de la ciudad complutense, la cual pudo acoger espectáculos menos pomposos para el pueblo llano (Pascual, 2017).

También herencia festiva podría ser la toponimia existente todavía en muchos pueblos relacionados con estas actividades como correderas, cosos, calle del toril, o plazas, como la de Peñafiel, Chinchón o las talanqueras de Pedraza o Sepúlveda, que han dejado a día de hoy su identidad como cosos taurinos y uso festivo.



La evolución de las festividades populares hizo que a finales del siglo XVII, repuntara con fuerza el toreo a pie que, con la llegada de los Borbones, se le dio más relevancia al modelo popular y prohibiendo el toreo caballeresco (Rivas, 1987, pp.13-14). Algunos municipios como se aprecia en cuadro de Lucas Velázquez (imagen 10) nos muestran como el juego-espectáculo se institucionalizó en toda la península indistintamente hubiera o no reyes, cualquier momento era bueno para hacer una celebración y combinar una fiesta con animales como era el toreo con otra de destreza y fuerza como era la cucaña.

Otro de los juegos que se popularizaron por algunas zonas de la Península Ibérica eran las carreras de caballos, una tradición muy arraigada en las zonas de herencia hispanomusulmana. En ellas podían competir cualquiera que tuviera un caballo, y como muchos otros juegos inducían a las apuestas. Por lo general, estas carreras no necesitaban de lugares concretos para desarrollarlas, tan solo un circuito, fuera de las murallas de la ciudad. Siempre había excepciones como el caso italiano, y las carreras del Palio sienese. El tema de las carreras a caballo ha llegado hasta la actualidad relacionándose con la tradición como las carreras de Sanlúcar en las playas de Cádiz o las de la carrera de los caballos del vino de Caravaca.

Muchas de las ciudades Universitarias Españolas, desde el siglo XVI tenían el hándicap de que los estudiantes eran grandes de seguidores del juego y las fiestas, competidores innatos en diversas actividades como juegos de batallas entre parroquias, carreras de anillos, quintana, juegos de lanzar pelotas o bolas, juegos de velocidad o juegos de destreza, que se hacían en los patios de los colegios mayores o de forma improvisada en las plazas de las entradas a las universidades, o plazas de las ciudades, de forma esporádicas, y ocasional. Muchos juegos fueron criticados y prohibidos por las autoridades eclesiásticas, pero con poco éxito. Un ejemplo fue la bula de Sixto V, dirigida al obispo de Salamanca, respecto a ciertas prácticas usuales en la Universidad, decía:

“Algunos de la universidad del estudio general de Salamanca, catedráticos, así de la sagrada teología como el derecho civil, no sólo no tienen vergüenza de mostrarse presentes en las dichas fiestas de toros y espectáculos, sino que afirman también y enseñan públicamente en las lecciones que los clérigos de orden sacro, por hallarse presentes a las dichas fiestas y espectáculos contra la dicha prohibición no incurrir en algún pecado” (González 1993, pp. 109-110) .

Otro de los espacios más singulares dedicados al juego eran los destinados a los juegos de pelota, que tuvieron una gran repercusión por toda Europa durante los siglos XVI y XVII. Este juego fue bien acogido por la población, pero no se salvaron de las críticas de la Iglesia por el gran número de conflictos que surgían entorno a estas celebraciones relacionadas con las apuestas (Moreno, 1993). Felipe III (1598-1621) fue



un gran aficionado al juego de pelota, tanto que su campo de pelota particular estaba unido al Alcázar por un pasadizo cubierto que se puede observar en un plano de Madrid, donde aparece este campo de pelota:

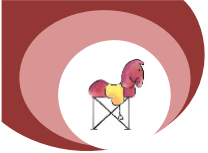
“El palacio estaba rodeado de jardines: al Este, el llamado de la Priora, que tenía su entrada por el lugar donde modernamente estuvieron las caballerizas y ocupaba gran parte de la actual plaza de Oriente. Allí había árboles frutales, fuentejillas y varios recreos rústicos, entre ellos un juego de pelota. Al oeste hallábase el Parque, que descendía desde la Puerta de la Vega hasta el río, terminando en la cuesta de San Vicente. El Parque hoy jardín palatino, tenía una parte reservada al rey con bosquecillos, praderas, fuentes sotos, donde había criaderos cinegéticos. La otra parte llamada Campo del Moro, era famosa por sus duelos y aventuras” (Deleito y Piñuela. 2006).

Durante el reinado de Felipe IV se da el dato de otro campo de pelota que existía en el Parque del Buen Retiro con más de veinte edificios, cinco grandes plazas, un estanque grande y otros más pequeños, dos teatros, una construcción especial para saraos y bailes, un juego de pelota y el famoso gallinero. Conocemos todos los detalles con exactitud gracias al detallado plano de Teixeira, de 1656. La entrada principal estaba en la carrera de San Jerónimo, dando acceso a una plaza cuadrada llamada entonces de la pelota por estar allí el espacio destinado a este juego (Hernández, 1998, Barceló, 2016) (imagen 11)

Existen testimonios sobre otros campos de pelota en Sevilla, Motrico, Valladolid, Zaragoza, Valencia y Madrid. En Madrid eran conocidos varios frontones como el juego de pelota de los Caños del Peral, o el frontón de la ermita de San Blas. Los lugares donde se jugaba a la pelota estaban indicados por la denominación del lugar; así en Cádiz, existía una calle de la Pelota desde 1615, apareciendo ya en 1740 en documentos públicos con ese nombre. Goya recoge en uno de sus cartones el juego de pelota a pala, en medio de un campo que evolucionaría hacia el juego con una pared frontal sobre la que se golpea la pelota (Hernández, 1998, Barceló, 2016)

La tendencia a la popularización de los juegos de pelota en la Península evolucionó durante el siglo XVIII y toman unas características propias sobre todo por el norte de España, desarrollando un juego que terminaría en un frontón con pala. “Según el anuario estadístico”, en el año 1861 había en España 230 frontones del juego de pelota se deduce que había mayor afición en Lérida, Logroño, Guipúzcoa y Zaragoza con más de veinte frontones por provincia, le seguían Valencia y Navarra con once y diez cada una, y el resto de las provincias tenían menos de diez (Rueda, 1996, p.58).

Hay que hacer una pequeña referencia a la danza o bailes populares ya que estos estaban directamente relacionados con las festividades, los espectáculos, las plaza y calles. Poco a poco la danza resurge de nuevo



con espontaneidad y fuerza, sobre todo entre las danzas populares. En el lenguaje vulgar se distinguían en tres tipos, las danzas de cuenta, o de ceremonia, las danzas de cascabel, que eran las danzas populares y un tercer género, mezcla de las dos anteriores que como define Barbieri (1642), "*bailes que exigían agilidad, fuerza y gracia en los movimientos llevados con reglas rigurosas*" (Deleito y Piñuela, 1988, p. 69). Para Hernández y Arroyo, (2010, p. 167), las danzas que tuvieron más arraigo entre la población fueron las danzas populares, como *la Carretería, las Gambetas, el Pollo, el Hermano Bartolo, la Pipironda, el Guiriguigay, el Villano, las Zapatetas, el Polvillo, el Pasacalles, el Canario, el Antón Colorado, el Martín Gaitero* y otras tantas que todos los días surgían casi de forma espontánea, y que se bailaban en las calles y plazas en romerías.

Tradicionalmente en Madrid, los bailes se llevaban a cabo en los teatros de los Caños del Peral y del Príncipe, amenizados por orquestas que se turnaban; minuets y contradanzas, y fandango, seguidillas gitanas o manchegas, jota tirana, boleros, zorongo. (Hernández, 2003, pp. 408-409). Lo más popular se hacía las romerías y verbenas, siendo estas las ocasiones de expansión preferidas por el pueblo. Madrid contaba con un buen número de lugares adonde acudían los romeros en los días señalados como el Campo del Moro; los sotos de Luzón, de la Villa y de Migas Calientes; el Sotillo; la Pradera del Corregidor y la de San Isidro, así como la Casa de Campo. En algunas de las romerías se organizaban espacios de diversión y de juegos no festivos como bien recoge Goya en algunos de sus cuadros como la "Pradera de San Isidro" o "el Pelele", o "el juego de la Gallinita ciega" (Lozon, 2004, p 305-306).

Conclusiones

El concepto de espectáculo y de fiesta como acto público iniciada por Felipe III y llevado a su máximo esplendor durante el reinado Felipe IV, es posiblemente uno de esos legados que nos ha llegado hasta nuestros días, ya no solo por el acto en sí, si no por la utilización de los espacios públicos como plazas y otros edificios que buscan la representatividad del acto y de la imagen de la ciudad. Las plazas mayores, las plazas de armas de los palacios se convertirían en espacios representativos para las celebraciones, hábito que continuamos manteniendo en nuestras fiestas locales. La idea de espectáculo festivo, de juegos como ocio y diversión social, fue incluso aprovechado y desarrollado por los ilustrados llevando a la máxima la idea de "*todo por y para el pueblo...pero sin el pueblo*", lo que significó que los futuros espacios públicos nacían ya con la idea de acoger actos festivos, como la plaza de la Carolina.

Muchos juegos y bailes fueron desapareciendo y otros evolucionando como el de Pelota, asentado durante el reinado de Felipe IV, y popularizado en el siglo XIX obligando a buscar espacios urbanos para el



disfrute de este espectáculo, como el propio Goya muestra en alguno de sus cartones y grabados.

Hemos cambiado las tradiciones pero no los hábitos, la necesidad de tener entretenimiento oficial sigue existiendo al día de hoy, necesitamos de espacios públicos donde podamos juntarnos y convivir a partir de un elemento que nos identifique y que nos una como los juegos. El frontón, el fútbol, el tenis... solo ha cambiado el escenario que ya no son las plazas públicas si no edificios exprofeso para estos acontecimientos, aunque en algunos sitios se mantienen tradiciones como en los municipios pequeños, Peñafiel, Turégano, o se corren los toros como en Cuellar o Pamplona, o frontones. En las paredes de las iglesias. La vida en los espacios urbanos es para nuestra sociedad una necesidad y los juegos una herramienta, y los espacios públicos y privados un medio para poder desarrollar las actividades, que cuando están patrocinadas por las administraciones se institucionalizan su función y su uso. Permitiendo al mismo tiempo mantener nuestras tradiciones, nuestro patrimonio que en el ámbito de los juegos es muy débil.

Imágenes

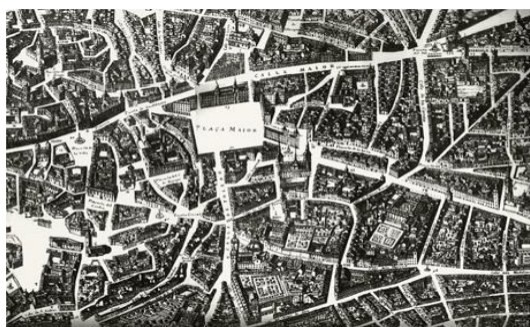


Imagen 1. Plano de Teixeira (1656).
Detalle de la Plaza Mayor y las calles aledañas.
Museo historia de Madrid.



Imagen 2. Juan. De la Corte, 1623 festejos plaza Mayor de Madrid por la llegada del Príncipe de Gales. Museo de Historia de Madrid.
<http://memoriademadrid.blogspot.com/2016/01/fiesta-en-honor-un-principe.html>

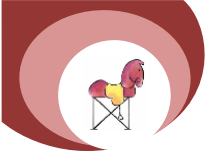


Imagen 3 Anónimo. Festejos plaza Mayor de Madrid.
<https://www.reprodart.com/a/spanish-school/panorama-of-a-fiesta-in-t.html>



Imagen 4 Diego Velázquez. Lección de equitación del príncipe Baltasar Carlos, 1643, Museo del Prado.
<http://artehistoriaestudios.blogspot.com/2017/12/capitulo-6-obras-puente-entre-el-buen.html>



Imagen 5 Francisco Rizzi. Auto de fe celebrado en la Plaza Mayor en 1680 en presencia de Carlos II. Museo del Prado.
<https://www.museodelprado.es>



Imagen 6 Anónimo, Juego de Cañas en la plaza de mayor de Valladolid 1º mitad siglo XVII.
<https://barbararosillo.com/2013/11/11/el-toreo-caballeresco/>

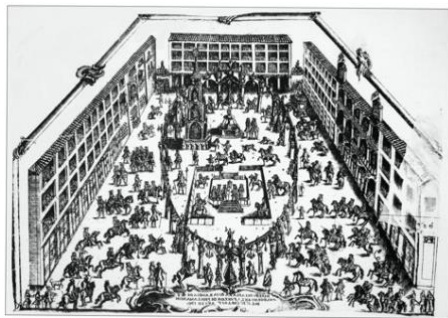


Imagen 7 Proclamación de Carlos III en la plaza de Bibarrambla 1760.
<http://www2.ual.es/ideimand/proclamaciones-reales-en-la-plaza-de-bibarrambla-granada/>



Imagen 8 Pedro Teixeira Plano de Teixeira (1656). Detalle de la Plaza de armas del Alcázar de Madrid y las calles aledañas. Museo historia de Madrid.
www.pinterest.es



Imagen 9 Willen Reuter, celebración nacimiento de Carlos II en Roma. <http://reinadodecarlosii.blogspot.com/2016/>



Imagen 10 Lucas Velázquez, Toros y cucaña en Carabanchel alto 1856. <http://zone47.com/crotos/?l=cy&p=&nb=20&disp=1&s=&y1=-40000&y2=2016&p31=&p170=690593>



Imagen 11 J.Leonardo (1637) Panorámica del Palacio del buen retiro con el juego de la pelita en primero plano.

https://es.wikipedia.org/wiki/Palacio_del_Buen_Retiro#/media/Archivo:Palacio_Buen_Retiro_Leonardo.jpg



Imagen 12 Pedro Teixeira Plano de Teixiera (1656).. Detalle del juego de Pelota de la plaza de los caños del peral Museo historia de Madrid <https://unqatopormadrid.com/2016/10/14/madrid-desaparecido-plazuela-de-los-canos-del-peral-con-su-corril-fuentes-y-el-juego-de-la-pelota/>

Bibliografía

Amigo Vázquez, L. (2017). Valladolid, Una Ciudad En Fiestas (S. XVII-XVIII) *Stud. his., H.a mod.*, 39, nº 2, pp.359-396. Edic. U de Salamanca.

Amigo Vázquez, L. (2011/12). Toros y toreros en Valladolid durante los siglos XVII y XVIII. Conocer Valladolid. V Curso de patrimonio cultural Real Academia de Bellas Artes de la Purísima Concepción.

Amigo Vázquez, L. (2008): "El escenario de las fiestas taurinas. La Plaza Mayor como 'negocio' en la época moderna", *Revista de Estudios Taurinos*, nº2, Sevilla, Real Maestranza de Caballería de Sevilla, *Fund. de Estudios Taurinos*, págs. 51-148

Amigo Vázquez, L (2010): ¡A la plaza! Regocijos taurinos en el Valladolid de los siglos XVII y XVIII, Sevilla, Real Maestranza de Caballería de Sevilla, *Fund. de Estudios Taurinos*, Univ. de Sevilla. Arroyo, M. (2009). Análisis de la obra de Rodrigo caro (1573-1647) Días geniales o lúdricos. Recuperado de: http://museodeljuego.org/wp-content/uploads/contenidos_0000000897_docu1.pdf.



Barceló Hernando, A (2016). Proyecto de recuperación del patrimonio histórico español del juego y del deporte: desde sus primeras manifestaciones hasta el primer tercio del siglo XIX. Univ de Alcalá. Departamento de ciencias biomédicas de la facultad de medicina de la universidad de Alcalá. tesis inédita.

Barceló Hernando, A. (2020). *La gamificación como herramienta de difusión del Patrimonio Cultural en el Grado de Turismo. EL caso de Fuentidueña (Segovia)*. El uso de las TIC en la innovación docente. Barceló Hernando, A & Sarmiento Guede, José Ramón (Coords.) Madrid: Dykinson. (pendiente de edición)

Barrios Rozúa, J.M (2017). La plaza mayor de Granada, teatro barroco de la ciudad. *Goya* 361-2017 pag 304-319

Bennassar, B. (2000): Historia de la tauromaquia. Una sociedad del espectáculo, Madrid, Pre-Textos.

Bonet Correa, A (1990). "La fiesta barroca como práctica del poder", *Fiesta, poder y arquitectura: aproximaciones al Barroco español*, Madrid, Akal.

Bonet Correa, A. (1989): Las claves del urbanismo, Madrid, Ariel.

Bonet Correa, A. (1980): "Teoría de la Calle Mayor", *Revista de Occidente*, Madrid, nº 3, pp. 37-52.

Beltrán Moya, J. L. (2006). "La fiesta en el Mundo Hispánico durante la Edad Moderna", en *Poder y cultura festiva en la Andalucía moderna*.

Boto Arnau, G. (2001). Cádiz, origen del toreo a pie (1661- 1858), Madrid, Unión de Bibliófilos Taurinos.

Cámara Muñoz, A. (1990) *Arquitectura y sociedad en el siglo de Oro. Idea, traza y edificio*. Madrid, Ediciones el Arquero.

Campo, L. del (1972): Pamplona y toros. Siglo XVIII, Pamplona, La Acción Social.

Canterla González (2010): "El hurto como modo de provisión de toros para los juegos y regocijos en Huelva y los pueblos de su entorno en los siglos XVII y XVIII", *Revista de Estudios Taurinos*, nº 27, Sevilla, Real Maestranza de Caballería de Sevilla, Fundación de Estudios Taurinos, pp. 55-74.

Carrasco Martínez, A. (2001). Fisonomía de la virtud. Gestos, movimientos y palabras en la cultura aristocrática del siglo XVII, *Reales Sitios*, 147 (2001), pp. 26-37



Cervera Vera, L. (1990): *Plazas Mayores de España*, Madrid, Espasa-Calpe.

Cienfuegos Antelo, G (2016). "Fregenal leal y afectuoso": teatro festivo en La Raya de Portugal (653-679)

Covarrubias, S. (1977). *Tesoro de la Lengua Castellana o española*. Madrid: Ediciones Turner.

Chueca Goitia, F. (2001): *Breve historia del urbanismo*. Madrid. Alianza.

Deleito y Piñuela, J. (2006). *El rey se divierte*. Madrid. Alianza Editorial.

Deleito y Piñuela, J. (2005). *La mala vida en la España de Felipe IV*. Madrid. Alianza Editorial.

Deleito y Piñuela, J. (1988). *También se divierte el pueblo*. Madrid. Alianza Editorial.

Escalera Pérez, R. (2015). Vestir la arquitectura: fiesta barroca y dibujo de arte efímero en Andalucía, en *Dibujo y ornamento, Trazas Y Dibujos De Artes Decorativas Entre Portugal, España, Italia, Malta Y Grecia. Estudios En Honor De Fuensanta García De La Torre*, Pp. 177-187. Ed. Sabina de Cavi

Extremera, M. A. (2006): "Fiestas de toros en la Córdoba del Antiguo Régimen (siglos XVII-XIX)", *Revista de Estudios Taurinos*, nº 22, Sevilla, Real Maestranza de Caballería de Sevilla, Fundación de Estudios Taurinos, págs. 99-131.

Fernández, Vales, S. M^a (2007) Noticias deportivas y sociales en el siglo XVI: ostentación del poder de la nobleza en torneos y justas. (212-235)

Flores Arroyuelo, F. J. (1999): *Correr los toros en España (Del monte a la plaza)*, Madrid, Biblioteca Nueva.

Flórez Asensio, M^a A. (2010). "El Marqués de Heliche: Alcaide del Buen Retiro y «Superintendente» de los Festejos Reales". *Anales de Historia del Arte* 20.0 145-182.

García García, B. (1999). *El ocio en la España del siglo de Oro*. Colección Historia del mundo para jóvenes. Akal. Madrid

García Ramos, M.^a D. (2006) Pasado y presente de la Plaza de la Corredera de Córdoba. *Espacio, Tiempo y Forma, serie VII, Historia del Arte*, t.18-19, 2005-06, pags. 85-108



Gómez García, P.(1990): "Hipótesis sobre la estructura y función de las fiestas", desde la antropología, en Córdoba, P y Etiènvre, J.P (eds.), La fiesta, la ceremonia y el rito, Granada, 1990, pp. 52-62

González Alcantud, J.M. (1993). Tractatus ludorum. Una antropología del juego. Edit Antropos, Barcelona.

González Cuenca. (1999) "Espectáculos nobiliarios de riesgo: el torneo y sus variantes", en A. Amorós y J.M. Díez Borque (eds.), Historia de los espectáculos en España, Madrid, pp. 487-506.

González Pérez, A. J.(2002). Corredera: una plaza y sus gentes. Córdoba. Ayunt. de Córdoba. Delegación de Cultura. Ed. de la Posada. 2002.

Guzmán Reina, A.(1950): "Córdoba en el viaje de Cosme de Médicis: 1668". *Boletín de la Real Academia de Córdoba de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes*. Córdoba. n. 64 (jul.-dic. 1950), Año XXI, pp. 5-36; pp 103-134.

Hernández Vázquez, M; Rivero Herráiz, A; Barceló Hernando, A (2012). "Recuperación del patrimonio histórico español del juego y del deporte desde sus primeros testimonios gráficos, hasta mediados del siglo XIX". *Athlos: Revista internacional de ciencias sociales de la actividad física, el juego y el deporte*, nº 1.pp 80-104.

Hernández Vázquez, M. (2003). *Antropología del deporte en España: desde sus primeros testimonios gráficos hasta la Edad Moderna*. Madrid: Esteban Sanz Martínez S.L.

Hernández Vázquez, M; Ruiz Vicente, D, Rizo Estrada G, Parra Arroyo, M; Rodríguez Menéndez, J. A. (2010).Del Torneo Medieval al Juego de Cañas Recuperado de:
<http://www.cafyd.com/HistDeporte/htm/pdf/1-3.pdf>.

Hernández Vázquez, M; Arroyo, M (2010). EL juego deportivo en la edad Moderna. Recuperado de <http://www.museodeljuego.org>

Hernández Vázquez, M. (1998). *Juegos y deportes de raqueta*. Madrid. Ed. Ministerio de Educación.

López Martínez, A.L. (2014). Toros Y Urbanismo En España: Plazas Mayores, Correderas Y Toriles *Revista de Estudios Taurinos* Nº 35, Sevilla, 2014, pp. 15-58

Lozon Urña, I (2004). Madrid en el siglo XVII. Ed. Consejería De Educación.



Maravall, J. A. (1975). La cultura del Barroco.

Mínguez, V. (2016). Un imperio simbólico. Cuatro décadas de estudios sobre la escenificación de «La práctica del poder» en visiones de un imperio en fiesta. dir Rodríguez Moya, I; , Mínguez Cornelles, V pp.31-55

Navascues, P. (2002). La Plaza Mayor en España. Papeles de arquitectura española 5 Ávila. Fundación Cultural Santa teresa Dip. de Ávila. Pp. 3-39.

Navascues, P.(1993): La plaza mayor en España. Madrid, Historia 16.

Pascual, J.F. (2017) Alcalá de henares en fiestas: los espectáculos caballerescos de 1548. Anales de Historia del Arte. Ed complutense. Pp. 45-55.

Río Barredo, M^a J. del (2003), "El ritual en la corte de los Austrias". En María Luisa Lobato y Bernardo J. García García (coords.). La Fiesta cortesana en la época de los Austrias. pp. 17-34. [Valladolid], Junta de Castilla y León, Consejería de Cultura y Turismo.

Río Barredo, M. J. Del, (1997). Fiestas públicas en M Madrid (1561-1808). Madrid, 1997 (ed. en microforma).

Rodríguez Becerra, A. (2004). Arquitectura popular y urbanismo en la provincia de Sevilla Publicado en Tierra y gentes. Provincia de Sevilla, J. M^a Arenzana y otros, Sevilla: Dip. de Sevilla, 2004. pp. 144-181.

Rey, L. del (2003): "Toros en Bilbao en los siglos XVI y XVII. Del festejo popular al espectáculo" en García-Baquero, A. y Romero de Solís, P. (eds.): Fiestas de toros y Sociedad, Sevilla, Real Maestranza de Caballería de Sevilla, Universidad de Sevilla, Fundación de Estudios Taurinos, pp. 235-246.

Rivas, N. (1987). *Toreros del romanticismo. Anecdotario taurino*. Ed. Aguilar. Madrid.

Rueda, G. (1996). Cultura, saber y diversiones. Historia de España, nº 22. Historia 16 p58.

Sanz Ayán, Carmen (2009). La fiesta cortesana en tiempos de Carlos II en Ribot Garcia, L: Carlos II. El rey y su entorno cortesano. Centro de Estudios Europa Hispánica. Madrid, pp 241-268.

Shubert, A. (2002): A las cinco de la tarde. Una historia social del toreo, Madrid, Turner.



Zapata Fernández, T. (2000). Arquitecturas efímeras y festivas en la corte de Carlos II: las entradas reales, tesis doctoral, 1991, pp. 789 y ss., y EADEM, La entrada en la corte de María Luisa de Orleans. Arte y fiesta en el Madrid de Carlos II, Madrid.

Zafra Molina, R. (2016) Los autos sacramentales en Palacio: algo más que una fiesta en RILCE: Revista de filología hispánica, Vol. 32, Nº 3, pp. 803-832